

milías. Entre los primeros, además del suyo, los del cardenal Burke, el presidente de Vida Humana Internacional y los de los profesores Danilo Castellano y Miguel Ayuso. Respecto a las segundas, unas se refieren a la península italiana y otras son de temática carlista, pero todas tradicionalistas y, si se me apura, hispánicas.

Es de ofrecer el esfuerzo generoso del doctor Di Giovine por honrar la memoria del gran sacerdote tradicionalista que fue Monseñor Ignacio Barreiro.

Manuel ANAUT

**Antonio Cañellas y César Olivera, *Vicente Rodríguez Casado*, Madrid, Ediciones 19, 2018, 400 pp.**

Antonio Cañellas es un joven y prolífico historiador, de cuya obra podemos destacar sendas biografías de Laureano López Rodó (2011) y Alfredo Sánchez Bella (2015). César Olivera, medievalista, es un investigador del Centro de Ciencias Humanas y Sociales del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Para esta biografía de Vicente Rodríguez Casado se han repartido el trabajo. Los primeros capítulos y el último, donde los aspectos personales son capitales, son obra de César Olivera, pariente del biografiado. Los centrales, en los que la narración de la actividad académica y política eclipsa a la persona, han corrido a cargo de Antonio Cañellas.

Vicente Rodríguez Casado (1918-1990) fue un historiador, político y *manager* cultural del Opus Dei. Conoce a don José María Escrivá durante los años de la República, en la Academia DYA, primer centro de la Institución, fundada pocos años antes por Escrivá. Tras estar asilado en una Embajada en el Madrid rojo, se incorpora al Ejército con la intención de pasar a la zona nacional, cosa que logra, continuando la guerra hasta su final entre las tropas a la postre vencedoras. Concluye rápidamente los estudios de Filosofía y Letras, aprovechando las ventajas dadas por las nuevas autoridades para compensar a los perjudicados en sus carreras por el conflicto, y en 1942 gana la cátedra de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Sevilla. Ese mismo año pone en marcha la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, ligada al Consejo Superior de Investigaciones Científicas y a la Universidad de Sevilla, y el año siguiente

funda la Universidad Hispanoamericana de Santa María de La Rábida. Será desde el inicio el hombre fuerte de ambas, aunque sólo más tarde llegará a ser director y rector respectivamente. De un golpe se halla en el corazón del americanismo, cosa singular pues no parecía inclinado a ello en un primer momento. Antonio Ballesteros Beretta y Ciriaco Pérez Bustamante, sus maestros, de los que el segundo era discípulo a su vez del primero, sí eran decididamente cultivadores de los estudios ultramarinos. El haber asistido a los diálogos entre el mejicano Carlos Pereyra y el peruano Riva-Agüero le había dejado también honda huella. Sin dejar nunca esos trabajos y en buena medida esos cargos, no tardará en desempeñar otros públicos: Director General de Información (1957-1962), Director del Instituto Social de la Marina (1962-1967), presidente del Banco de Crédito Social Pesquero (1964-1979) y, entre tanto, procurador en Cortes de libre designación del Jefe del Estado (1958-1967).

La obra escrita de Rodríguez Casado no es muy abundante, pero tampoco escasa. Descuellan sus estudios sobre el reinado de Carlos III (1962), que sitúa bajo la rúbrica de una «modernidad tradicional», contra el paradigma menéndezpelayiano y maeztuniano (pese a identificarse, de creer a los biógrafos, y parece que sí, con lo esencial de la línea del polígrafo montañés y el periodista vasco, el primero –eso sí– lo suficientemente lejano y el segundo motejado por si acaso de «político»), no sin razones, aunque quizá algo forzadamente en algún punto. Expone el nervio de su pensamiento en el libro sobre la monarquía española del Barroco (1955). También es de interés el crepuscular sobre los orígenes del capitalismo y del socialismo contemporáneos (1979). Pero su obra encarnada, sobre todo en las instituciones antes mentadas, la Escuela de Estudios Hispanoamericanos y la Universidad Hispanoamericana de Santa María de la Rábida, es enorme.

El libro es interesante, como interesante es el personaje al que se consagra, aunque a nuestro juicio no está logrado. El libro. Los autores han trabajado el archivo personal de Rodríguez Casado, que está depositado en el de la Universidad de Navarra, pero en muchas ocasiones no se precisa el contenido exacto del texto a que se refiere la llamada a pie de página a una carta o un informe. Y, claro está, podría tratarse de un resumen, pero no parece claro que sea el

caso, por las consideraciones (de los narradores) que con frecuencia lo acompañan. Otras veces se realizan afirmaciones sobre las convicciones, los pensamientos o las intenciones del personaje, sin ninguna llamada de apoyatura. Y, claro está, podría tratarse de una inducción o deducción, pero tampoco están suficientemente razonadas y explicadas. Igualmente encontramos en ocasiones expresiones que pretenden dar (o dan) sensación de lejanía respecto del ideario del biografiado, pero que resultan decididamente forzadas. Amén de discutibles. La insistencia en el *culturalismo católico* por ejemplo. En otras de lo que se trata es de jugar con términos equívocos (no que sean equívocos, que los autores convierten en equívocos), manejados con cierta desenvoltura y que rozan la manipulación. Es el caso del *tradicionalismo*. Que ora sirve de elogio (discreto y medido), ora de reprensión (tampoco exagerada). Rodríguez Casado sería por momentos un tradicionalista, pero eso no puede ser, claro, y entonces se ve nítidamente que su nervio católico y tradicional está bien alejado de un tradicionalismo por definición esclerotizado. Por lo demás, no se sabe si se está hablando del carlismo (en ocasiones lo parece), del mundo de Acción Española y sus epígonos (diríase en otras), de los amigos de Rodríguez Casado como Calvo Serer y Pérez Embid (que también pudiera ser). O de algo todavía más vago. Pues el régimen, si hacemos caso a los autores, a partir del año 1942 se inspiraría en los principios del tradicionalismo (¿no sería tan sólo el fin de la ilusión autoritaria?). Tampoco aparece el prócer como un franquista, pero basta poner la biografía linealmente, como hemos hecho, y como han hurtado –quizá inconscientemente– los autores, para que refulja (y de qué modo) lo contrario. Pero lo más llamativo es la presencia (o, según los casos, la ausencia) del Opus Dei. Quizá porque hay que hacer valer la doctrina oficial de la Institución de que cada miembro es una isla y sus iniciativas en nada comprometen a la obra, parece que el libro pasa como de puntillas. Y en realidad el Opus está por doquier. Las fundaciones de Rodríguez Casado se hacen casi exclusivamente con gentes que pertenecen al mismo. Lo mismo cabe decir de la distribución de las cátedras. Pero sólo aparece explícitamente la vinculación como espiritual, prescindiéndose de la real. A cualquiera que tenga algo de cultura política (y religiosa) de la época a que va referido el libro sorprenderá la absoluta falta

de énfasis a la hora de tratar las conexiones personales, institucionales y políticas que brotan del entramado vital de Vicente Rodríguez Casado y que dejan al descubierto los manejos (quizá normales en toda institución, pero lo malo es que lo niegan). Conforme iba leyendo el libro iba notándolo, pero cuando he tenido que rendirme al hecho de que estábamos en presencia de una versión manipuladora (o, *más suavemente*, teledirigida) es al llegar a la carta en que Elías de Tejada se queja de la parcialidad de Rodríguez Casado y sus amigos en el reparto de las cátedras. Ahí sí salen los autores en defensa de los fueros de Rodríguez Casado (mejor sería decir del Opus) y reprochan al catedrático extremeño que en el fondo él quisiera lo mismo. Es, no probable, seguro. De lo que se trataba quizá era de forjar alianzas en que el reparto pudiera ser más equitativo. Sobre todo, si Elías de Tejada era también un tradicionalista, aunque éste de verdad, de un tradicionalismo perfectamente perfilado.

En general todo el libro es manifiestamente mejorable. Más aún, si hubiera estado confeccionado mejor es posible que las vergüenzas que acabo de exponer, cubiertas púdicamente, no se hubieran visto tan claramente. Con todo, el interés del tema permanece. Siempre es útil recordar las luchas culturales y políticas en el interior del régimen de Franco. Y cómo los falangistas, un sector de los propagandistas (demócrata-cristianos para entendernos) y, en general, todo lo que podía haber de izquierda, detrás primero de Laín y aupados luego por Ruiz Jiménez, formaron un bloque que el Opus Dei inicial (con la ayuda de los verdaderos tradicionalistas) quisieron frenar. La España católica estaba en juego. Lo que pasa es que el Opus cambió a lo largo del tiempo. Desde luego Calvo Serer. También, algo más discretamente, Pérez Embid. Rodríguez Casado no cambió sus lealtades, pero si atemperó sus esquemas y sus juicios. Desde luego que la *pars* clerical hubo de tener su peso. Rafael Gamba lo escribió a propósito de su amistad con Pérez Embid.

Me han llamado la atención, para terminar, dos paradojas derivadas de ese entramado de conexiones al que acabo de referirme, casi nunca pacíficas y que obligaban a tomar partido. Una la conocía. La otra no. La primera es ver a Alfredo Sánchez Bella del lado de la Falange modernista contra el Opus (semi) tradicional en las luchas de la España con o sin problema y, de resultas, dificultando la

acción de Rodríguez Casado desde el Instituto de Cultura Hispánica. Y eso que los dos hermanos de Sánchez Bella eran miembros relevantes del Opus Dei y el propio director de Cultura Hispánica tenía fama de haber sido cercano a la obra aunque rechazado. La segunda es que Cruz Martínez Esteruelas fue el ministro que cesó a Rodríguez Casado del complejo rabideño. Esteruelas, antes de ser ministro de Educación, en el Gobierno que formó Arias Navarro tras el asesinato de Carrero, había sido ministro de Planificación del Desarrollo en el Gobierno del Almirante. Era, pues, hombre cercano a éste, como lo era al Opus Dei. Los que lo conocieron lo saben. Debí cruzarse en aquella ocasión alguna cuestión de otro tipo. Los autores, por cierto, dicen escuetamente, sin indagar mucho más, que debió haber razones políticas en el cese. Acabáramos.

Manuel ANAUT

**Zygmunt Bauman y Carlo Bordoni, *State of crisis*, Cambridge y Malden, Polity Press, 2014, 174 pp.**

Zygmunt Bauman es considerado uno de los más inteligentes observadores de la realidad con prescindencia de los anteojos de la ideología con que mira –tiene un pasado marxista, me parece, que se disimula y aligera con su liberalismo londinense de las décadas postreras– porque a su función profesional –era sociólogo– basta el saber observar y transmitir las observaciones más allá de las interpretaciones que de ellas hace.

Creo, por otra parte, que el autor no merece presentación, pues de sobra nos es conocido. Bastará al bisoño lector detenerse ante el escaparate de cualquiera librería y ver la cantidad de libros que se han publicado con su nombre –la inmensa mayoría traducidos al español–, entre ellos los famosos sobre *la modernidad líquida* en sus diversas manifestaciones: arte, ética, política, trabajo, cultura, amor, etc. En todo caso, es suficiente con decir que era polaco nacido en 1925 y que murió inglés en 2017. España le ofrendó el premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades en 2010. El coautor es Carlo Bordoni, escritor, sociólogo, de origen italiano.

Libro, como se dice en la presentación, escrito a cuatro manos, libro de ensayos sobre este tiempo cambiante o en cambio y que se